

 Seix Barral

**Siri Hustvedt**

El hechizo de Lily Dahl





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

**Siri Hustvedt**

El hechizo de Lily Dahl

Traducción del inglés por  
Javier Calvo

---

## 1

Llevaba tres semanas observándolo. Cada mañana desde principios de mayo se había apostado en su ventana para mirarlo. Siempre lo espiaba temprano, poco antes del amanecer, y no creía que él la hubiera visto nunca. La primera mañana, Lily había abierto los ojos y había divisado una luz procedente de una ventana del hotel Stuart, al otro lado de la calle; al acercarse más, lo había visto a él dentro del cuadrado resplandeciente: un hombre muy atractivo, de pie frente a un lienzo de gran tamaño, sin más ropa que unos pantalones cortos de tanto calor que hacía. Durante un minuto había permanecido tan quieto que no le había parecido real. Luego había empezado a moverse, usando el cuerpo entero para pintar, y Lily lo había visto estirar el brazo, echar el cuerpo hacia delante e incluso arrodillarse frente al lienzo. Lo había visto caminar por la habitación, frotarse con fuerza la

---

cara con las manos y fumar. Fumaba unos puritos que sostenía entre los dientes cada vez que se paraba a pensar. A veces, cuando se limitaba a fumar en silencio, el hombre le dedicaba gestos con la cabeza a la pintura, como si estuviera hablando con ella. Lily había examinado con detenimiento el contorno de sus músculos, el color castaño claro de la piel y la forma en que le brillaba bajo la luz. Sin embargo, no había visto nunca lo que pintaba. La parte frontal del lienzo siempre le había estado oculta.

Division Street era una calle ancha y sin árboles. La habitación del hombre quedaba por lo menos a veinte metros de la de Lily, y eso era lo más cerca que ella había estado nunca de él. Lily no sabía con exactitud qué resultado esperaba de observarlo, pero tampoco importaba. La verdad era que no podía parar de mirarlo, y los días en que el hombre no se acostaba, sino que se quedaba levantado y trabajando hasta el amanecer, necesitaba obligarse a sí misma a cerrar las cortinas y alejarse de la ventana.

Aquella mañana en concreto, sin embargo, llovía mucho y Lily no podía ver al hombre con claridad. Asomó la cabeza por la ventana y miró en su dirección con los ojos entornados. La lluvia le golpeaba la cara y el agua caía a chorros por la ventana cerrada del hombre, así que lo único que consiguió distinguir fue un cuerpo borroso y ondulado al otro lado del vidrio. Luego, antes de que

---

ella entendiera lo que estaba pasando, el hombre fue hasta su ventana, la abrió de golpe y asomó medio cuerpo bajo la lluvia. Lily se agachó rápidamente por debajo de la repisa y se acuclilló en el suelo. El corazón le latía deprisa y las mejillas se le pusieron calientes mientras escuchaba el ruido del agua en las alcantarillas. Había corrido un riesgo terrible al asomarse de aquella manera. Antes de aquel momento ya solía reprocharse un poco a sí misma por espiar al hombre, pero la idea de haber sido descubierta la llenó de una vergüenza intensa y repentina. Y es que siempre había tenido mucho cuidado; siempre se ponía en cuclillas junto a la ventana, elevando únicamente los ojos por encima de la repisa, y siempre se aseguraba de tener apagadas las luces de su habitación; cuando las encendía para ducharse y vestirse para el trabajo, era con las cortinas bien cerradas.

Lily sabía que el hombre se llamaba Edward Shapiro. Aunque nunca habían cruzado una palabra, había averiguado varias cosas de él y había oído todavía más rumores. Sabía a ciencia cierta que Edward Shapiro había pasado un año ejerciendo de «artista residente» en el Courtland College. Y sabía que, en vez de volverse a Nueva York al terminar su último semestre, había decidido quedarse en Webster, y que había sido entonces cuando había alquilado la habitación del hotel Stuart. También había aceptado como un hecho demostrado que en algún momento de marzo la

---

mujer de Edward Shapiro, después de estar viviendo con él en la residencia del profesorado, había hecho las valijas y lo había dejado. El resto eran rumores. Mucha gente quería saber qué hacía un hombre así en un tugurio de mala muerte como el Stuart, un hotel tan vulgar que ni siquiera aceptaba a mujeres. Los cinco o seis vejesterios que vivían allí eran un grupo de lo más triste; Lily conocía a la mayoría. El restaurante del hotel llevaba cerrado desde que a ella le alcanzaba la memoria, aunque nunca habían quitado el letrero, así que todas las mañanas los inquilinos cruzaban cansinamente la calle, uno tras otro, para desayunar en el café Ideal, donde Lily trabajaba de camarera seis días por semana. Había oído decir que Edward Shapiro era pobre, que se había gastado su sueldo de la universidad en apuestas de béisbol. También había oído decir que era rico, pero demasiado tacaño para alquilar un sitio decente. Había oído que su mujer lo había dejado por su adicción al juego, y había oído que lo había dejado porque, según había contado hacía menos de una semana Lester Underberg en el café, «se acostaba con cualquiera». Lester afirmaba saber «de buena fuente» que Shapiro se había «tirado» a una preciosa alumna pelirroja en su despacho con música de Verdi a todo volumen. Según Lester, Shapiro había recibido a docenas de jóvenes aficionadas a la ópera en su despacho de la universidad, pero lo cierto era que Lester no era de fiar. Coleccionaba maledicciones sobre

---

quien fuera, y en un par de ocasiones Lily lo había descubierto contando mentiras puras y duras. Lester tenía razón acerca de que a Edward Shapiro le encantaba la ópera, sin embargo. Algunas noches de las últimas semanas, Lily había oído música procedente de su ventana, y en un par de ocasiones las voces habían sido tan fuertes que la habían despertado de un profundo letargo. Pese a todo, a Lily se le había quedado grabada en la cabeza la historia de la pelirroja, de manera que se dedicó a añadirle los detalles que Lester había obviado. Se imaginaba a Shapiro y a la chica; la veía a ella acostada con las piernas abiertas sobre una mesa de oficina, con la falda subida hasta la cintura y al hombre de pie frente a ella, completamente vestido salvo por la bragueta abierta. Se había imaginado la escena una y otra vez, había visto los papeles desparramarse y los libros caer de la mesa mientras el hombre se revolcaba con su alumna. Lily había esperado ver aparecer a mujeres en la ventana del hombre, pero, si lo visitaban, nunca se quedaban a pasar la noche. La estrecha cama de hierro del rincón derecho del fondo de su habitación llevaba vacía veintidós mañanas seguidas.

Lily no se atrevía a moverse, pero por fin asomó muy lentamente la cabeza por encima de la repisa. Vio que la ventana de Shapiro estaba a oscuras y sintió que el alivio le relajaba los hombros. Tras cerrar sus cortinas, oyó unos pasos procedentes del departamento de al lado. Mabel está

---

levantada, pensó. Mabel Wasley dormía muy poco, y la pared que separaba ambas habitaciones era tan fina que no conseguía amortiguar los ruidos más minúsculos. Día tras día, Lily oía a la anciana hablar, mover papeles, abrir armarios y cajones, manejar platos, toser, murmurar, tirar de la cadena y, todas las tardes hasta bien entrada la noche, la oía también escribir a máquina. Lily nunca había tenido claro qué era lo que Mabel escribía, aunque una vez la mujer se lo había explicado. Al parecer, el enorme manuscrito era una especie de autobiografía que incluía sueños y también la forma en que aquellos sueños se mezclaban con la vida cotidiana, pero siempre que Mabel hablaba del libro se extendía interminablemente y usaba palabras que Lily no entendía y, a veces, cuando se emocionaba especialmente, levantaba tanto la voz que casi gritaba, de forma que a Lily no le gustaba sacar el tema. Lily ya llevaba nueve meses viviendo sola encima del café Ideal. Había alquilado su habitación pocos días después de graduarse del instituto, y, cuando Mabel había llegado a principios de marzo, Lily había agradecido tener un poco de compañía, aunque de vez en cuando le daba la impresión de que la anciana escondía algo. Nadie sabía gran cosa de ella, aunque había dado clases durante veinte años en el Courtland College. Circulaba el rumor de que había estado casada varias veces antes de mudarse a Minnesota, pero Mabel nunca había

---

mencionado a ningún marido y, aunque era muy amable, también era un poco estirada, lo cual quitaba las ganas de curiosear.

Lily se sentó a la mesa donde comía, se maquilló y aprovechó para hacer todo aquello que requiriera estar sentada. Tenía colgado su espejo sobre la mesa y miró el reflejo de su cara fatigada junto a la cara de Marilyn Monroe que tenía detrás, en un póster colgado de la pared. Boomer Wee le había dicho una vez que se parecía a Marilyn pero en moreno, y, aunque Lily sabía que no era verdad, le gustaba la idea. Se inclinó hacia el espejo, entrecerró los ojos, separó los labios y se juntó los pechos para formarse un largo surco por encima de su corpiño blanco. Echó otro vistazo a Marilyn y oyó que llamaban a la puerta.

—Está abierto —dijo, con la voz todavía ronca de acabar de levantarse.

Sin girarse, vio por el espejo que Mabel entraba en la habitación. La anciana caminó deprisa, barriendo el suelo con la larga bata, y se detuvo al llegar a la silla de Lily.

—Siento molestarte, pero te quería encontrar antes de que te fueras a trabajar para preguntarte cómo estaba yendo la obra y decirte que, si todavía te da problemas el papel, puedo ayudarte. Yo me pasé, bueno, ya sabes, casi treinta años enseñando en mis clases *El sueño de una noche de verano*. Y anoche se me ocurrió que te podría instruir. Hermia es un papel precioso, en serio, y tú eres perfec-

---

ta para interpretarlo. ¿Qué me dices? —Mabel había pronunciado aquel discurso deprisa y sin apenas pausas para respirar, dirigiéndose a la imagen de Lily en el espejo, agitando las manos todo el tiempo para darse énfasis y, en una ocasión, rozándole la coronilla a Lily.

Por fin bajó las manos y se las apoyó suavemente en los hombros a Lily. Se quedaron las dos unos segundos en silencio y Lily contempló sus caras en el espejo, con la de Marilyn entre ambas; le dio la impresión de que las tres juntas quedaban raras. La cara pequeña y con forma de corazón de Mabel, con arrugas profundas en la frente y en torno a los ojos y la boca, tenía una expresión intensa que podría ser de desafío o de concentración. Marilyn tampoco sonreía, pero tenía los labios entreabiertos, mostrando la dentadura, y los dedos hundidos en la carne del pecho derecho. Había algo demasiado perfecto en la forma en que estaban las tres enmarcadas en el espejo, algo que molestaba a Lily. El efecto resultante era una inmovilidad irritante que de repente la hizo pensar tanto en cosas vivas como en cosas muertas; se encogió de hombros para quitarse de encima las manos de Mabel.

—El lunes me va bien después del trabajo. Necesito ayuda. Recuerdo mis diálogos, pero la mitad de las veces no sé qué significan.

La mujer juntó las manos.

—Primero tomaremos té.

---

Por alguna razón, la felicidad de Mabel irritó a Lily, que no dijo nada más.

Mabel salió de la habitación. En vez de despedirse, recitó unas líneas del personaje de Lily en la obra:

—«Noche oscura, que al ojo despoja de función —Lily vio que Mabel se llevaba el dedo a la oreja— y refuerza del oído la intuición, / y en tanto que al mirar le resta fuerza / le redobla al escuchar la recompensa».

La voz de la mujer era vieja y débil, pero su elocución demostraba unos matices y una comprensión que Lily sabía que a ella le faltaban por completo. Por eso lo hace, pensó: para enseñarme lo bien que le sale y su naturalidad. ¿No era eso lo que le había estado diciendo la señora Wright en los ensayos? «Habla con tu voz natural», y Lily había pensado para sí: ¿cuál es mi voz natural?

Los primeros clientes que llegaban por la mañana al café Ideal eran todos hombres, todos habituales, y ninguno de ellos tenía gran cosa que decir. Entre las cinco y las seis, el local estaba bastante silencioso. Los hombres que entraban durante aquella primera hora no tenían esposas ni novias, aunque a ninguno le habría faltado una historia que contar al respecto: historias sobre el accidente, la muerte, la fea ruptura o el defecto de personalidad que los habían convertido en lo que eran ahora: persona-

---

jes solitarios que llegaban con el alba a desayunar solos en un local lleno de otros personajes solitarios que desayunaban solos.

Pete Lund solía llegar el primero, en cuanto terminaba las tareas de la extensa granja que tenía al este del pueblo. A Pete se le había muerto su mujer de cáncer de mama hacía un par de años y había adquirido la costumbre de comer afuera. Hacía un año, cuando Lily había entrado a trabajar allí, le había hecho su pedido en voz bien alta, y después se había mantenido inalterable: un café solo, dos huevos revueltos y tres tostadas de pan blanco con mermelada de frutilla, no con mermelada de uva. Tras el primer día, ya no se había molestado en decir nada. Cuando Lily se le acercaba, Pete le hacía un gesto con la cabeza y ella apuntaba el pedido. A Harold Hrdlicka, que había comprado la vieja granja de Muus, le gustaban los huevos fritos con bolitas de papa, y Earl Butenhoff del hotel Stuart se comía un cuenco de copos de trigo antes de los huevos —estrellados— y remataba el desayuno con un grueso cigarro que solía llevar a medio fumar en el bolsillo de la camisa. A las cinco y media de aquella mañana ya habían llegado todos y estaban sentados cada uno en su reservado, esperando su comida. Pete se dedicaba a mirar la colección de juguetes de cuerda «semiantiguos» que tenía Vince al otro lado de la barra. Harold leía el *Webster Chronicle* y Earl examinaba la superficie de su mesa entre carraspeos

---

insistentes, durante los cuales expulsaba esputos de mocos amarillos en el interior de un pañuelo enorme y lleno de manchas que iba sacándose del bolsillo de los pantalones y volviéndoselo a guardar. Lily oyó desde la cocina que Vince canturreaba *Anything Goes* por lo bajo. Oía la lluvia de afuera, olía la panceta y las salchichas de la parrilla, y de la calle le llegó también un olor a pavimento mojado, hierba y algo que supuso que serían gusanos subiéndose a la vereda; mientras iba de mesa en mesa con la jarra del café, se sintió feliz y se puso a tararear por lo bajo junto con Vince.

Sobre las seis, Martin Petersen entró en el café, ocupó su asiento habitual en el reservado del ventanal y se puso a mirar fijamente a Lily. Se la quedaba mirando así cada vez que iba a desayunar. Lily estaba acostumbrada, no solo a que lo hiciera Martin, sino también mucha otra gente. Había pasado por una ortodoncia, unos pechos que se negaban a crecer y una época con reputación de marimacho; sin embargo, el año en que había cumplido los catorce, todo había cambiado, y ahora, cinco años más tarde, ya se había acostumbrado a su propio aspecto y a las miradas que lo acompañaban. Era algo que a veces le gustaba y a veces no, pero había aprendido a no darse por enterada. En cambio, Martin era distinto. Siempre la examinaba con calma y deliberación, como si mirarla fuera su trabajo, y aquellas largas inspecciones suyas la ponían un poco incómoda, ya que no podía

---

discernir qué significaban. Al mismo tiempo, sentía una extraña curiosidad por él. Martin era un tipo misterioso. Lily había oído rumores de que era gay y rumores de que no le interesaba el sexo. Linda Haugen le había susurrado una vez en clase de confirmación que Martin había nacido «siendo las dos cosas», y que «le habían quitado parcialmente los órganos de chica». Pero aquello parecía un disparate. El secreto de Martin no era su cuerpo, aunque tampoco era su mente. Tenía un aire de lo más peculiar, un aire de intuiciones o conocimientos ocultos que a veces le daba a Lily la sensación de que la estaba observando desde una gran distancia, pese a tenerlo a un par de palmos.

Lily no recordaba un tiempo en que no hubiera conocido a Martin Petersen. La casa en la que él había vivido de niño y seguía viviendo no quedaba lejos de la casa de infancia de Lily, en las afueras del pueblo, y Martin y ella habían jugado alguna vez juntos en el bosque o cerca del arroyo. De niño había sido todavía más tartamudo que ahora. En un par de ocasiones, Lily se lo había llevado a su casa para jugar; en cambio, ella nunca había estado en casa de Martin. A su padre le pasaba algo y, fuera lo que fuese, lo que le pasaba ponía a la madre de Lily lo bastante nerviosa como para disuadirla de explicarlo. Cuando Lily tenía ocho años, el padre de Martin, Rufus Petersen, había matado a su perra, que estaba a punto de parir. Le había

---

pegado un tiro y había dejado su carcasa sangui-  
nolenta junto al arroyo, donde el padre de Lily  
había encontrado al pobre animal y lo había ente-  
rrado junto con sus cachorros nonatos. Lily se  
acordaba de la sangre de la perra en la camisa de  
su padre, y recordaba que este había insultado a  
Rufus Petersen con una violencia fuera de lo co-  
mún. Después de aquello, Lily había jugado menos  
con Martin, aunque habían seguido yendo los dos  
a la escuela en el mismo autobús, y se acordaba de  
que los demás chicos se burlaban despiadadamen-  
te de él por su tartamudez. Una vez Andy Feenie  
y Pete Borum le habían pegado una paliza a Mar-  
tin detrás de la Longfellow School, y Lily lo recor-  
daba dando la vuelta al edificio de ladrillo y gritan-  
do a pleno pulmón mientras la sangre le manaba  
de la nariz sobre la camisa. En el instituto, Martin  
casi no se relacionaba con nadie, y Lily tampoco  
había hablado mucho con él; aun así, había senti-  
do que tenían una conexión, y a veces se encontra-  
ban en el arroyo, donde Martin iba para huir de su  
casa, leer libros y estar solo. Para entonces, su  
padre ya había abandonado a la familia; su madre,  
que era joven pero no lo parecía, había contraído  
leucemia, y su hermano y su hermana mayores se  
habían buscado la vida y algunos decían que se  
habían descarriado. La señora Petersen murió du-  
rante el último año del primer ciclo de la secunda-  
ria de Martin, y al parecer hubo un buen alboroto  
con la gente de los servicios sociales. La vida le

---

había dado al muchacho un golpe tras otro, pensaba Lily. Sus hermanos se habían marchado del pueblo, pero Martin se había quedado en la casa familiar y se había puesto a hacer trabajos de reparación. Se comentaba que se le daba muy bien. Era fiable y honrado, decían, y la gente del pueblo siempre lo estaba llamando para que les arreglara tal o cual cosa, para que les pintara o les hiciera algún pequeño trabajo de carpintería, y a Lily le daba la sensación de que Martin tenía una vida mejor ahora que cuando era chico.

Martin siempre pedía el mismo desayuno: huevos poché sobre una tostada; sin embargo, a diferencia de los demás clientes de primera hora, nunca había estado cómodo con el silencio. No bastaba con decirle: «¿Lo de siempre?» y esperar a que asintiera con la cabeza. Quería conversar, así que, en vez de tartamudear su pedido y acabar hecho un manojo de nervios, lo que hacía era dar una serie de golpecitos rítmicos en la mesa con los dedos, rat-tat-a-tat-tat, y Lily le contestaba también con dos golpecitos: tat-tat. La costumbre había empezado poco después de que Lily entrara a trabajar en el café y volviera a trabar amistad con él, por así decirlo. Nadie más sabía de qué se trataba. Aquellos golpecitos eran un pequeño idioma propio, y a Martin parecía hacerlo feliz pedir el desayuno en clave. Y eso también ponía contenta a Lily.